



## Los desafíos del diálogo

En el último tiempo, y sobre todo en vista a situaciones complejas de tipo político, económico y social, tanto a nivel nacional como de la Región, se plantea el tema del diálogo como camino privilegiado para la superación de situaciones de crisis. De hecho, difícilmente se encuentran personas o sectores, que no valoricen conceptualmente esta posibilidad.

En efecto, sólo a través del diálogo podemos verdaderamente entender a los otros y sus necesidades, y trabajar juntos para construir la sociedad que anhelamos en justicia y paz. Es expresión de caridad para buscar ante todo el bien común; nos coloca delante del otro viéndolo como un don, que nos interpela y ayuda a humanizar nuestras relaciones y a superar los desacuerdos; nos da la ocasión para escucharnos recíprocamente y resolver los inconvenientes que se presentan; crea puentes de comunicación, y no consiente que alguno se aísle, cerrándose en su propio pequeño mundo. Aun así, paradójicamente, no es un ejercicio sencillo, y normalmente suele estar lleno de dificultades que en ocasiones pueden llevar al fracaso de los esfuerzos. En estas eventualidades, todos pierden.

Ante todo implica un respeto y valoración por la otra parte, traducida en la convicción que tiene aportes que dar y que pueden encaminar hacia la solución. Así, dialogar es fundamentalmente escuchar, y ésta actitud exige la capacidad de ponerse en el lugar del otro para poder comprender sus sentimientos, raciocinio y reacciones acerca de la temática. Requiere superar la tentación de sentirse dueños absolutos de la verdad y soluciones, e impuestos al otro. Semejante intolerancia, solo puede engendrar más violencia, que en la historia han generado dictaduras y totalitarismos irracionales. El único modo de eternizar un conflicto, es cerrando filas entre los iguales, que comparten la misma visión de mundo, que piensan de idéntica manera, y que consideran la única correcta.

Para dialogar es conditio sine qua non –más allá de los propios sentimientos afectivos- optar por confiar en la otra parte. Confianza que se irá consolidando a medida que progresa el diálogo, despejando actitudes destructivas hechas de prejuicios, sesgos, fanatismos, juicios temerarios. El otro va dejando de ser un adversario a ultranza, para ir convirtiéndose en alguien que puede ser un aporte a la solución, y que sí le interesa el bienestar de la contraparte.

Por ello, el diálogo para ser auténtico debe tener también en cuenta el bien común, evitando que éste se lleve a cabo desde los solos intereses de las partes directamente involucradas, sin considerar el impacto que los acuerdos podrán tener en el vasto colectivo social en que se aplicarán. El resto de la sociedad no es un actor irrelevante, y su aparente silencio no es necesariamente señal de indiferencia o neutralidad. De la mayor o menor acogida de la entera sociedad y su involucramiento, dependerá el éxito de los acuerdos. Por ello, es esencial la negociación y búsqueda de consensos que sin duda puede significar procesos más lentos, pero se avanza con todos o la inmensa mayoría, que además solo así, se siente llamada a colaborar y facilitar las transformaciones necesarias.